

José Martí en Madrid

La estancia de José Martí (1853-1895, fechas de nacimiento y muerte) no responde a los mismos motivos que trajeron a la capital de España a otros escritores modernistas hispanoamericanos. Estos otros —Casal, Darío, Amado Nervo, Santos Chocano, González Martínez, etc.— llegaron a la Villa y Corte por su propia iniciativa: en ocasiones, por razones diplomáticas; otras veces, por intereses académicos. Pero casi siempre, junto a esas causas inmediatas, Madrid ejercía sobre ellos una irresistible seducción, como corazón de la vida cultural española y como capital de ese antiguo imperio del que ellos aún se consideraban, en buena parte, herederos espirituales. Bien es verdad que su talante cosmopolita los llevaba a forjar en París la sede de sus ensueños artísticos; sin embargo, Madrid era también la meta geográfica de muchas de sus inquietudes, por razones de lengua, de tradición y de raza. Madrid simbolizaba, en efecto, el evidente arraigo que los modernistas de Hispanoamérica conservaban en la historia y en la literatura clásica españolas. Nunca podemos olvidar el afecto hispánico con que Darío compone su «Letanía de nuestro Señor Don Quijote», ni sus sonetos a Góngora y Velázquez, ni la exaltación de los valientes conquistadores que inspiran tantos versos del *Alma América* de Santos Chocano, por citar unos pocos ejemplos que rápidamente acuden a mi memoria.

Para Martí, que le precede en la historia y en la volición estética de signo modernista, la llegada a Madrid viene a ser consecuencia de una condena. El grito de Yara, que en 1868 había inaugurado la rebelión armada de los independentistas en Cuba, había conducido a Martí hacia el presidio en el penal de San Lázaro. En las canteras cercanas había trabajado varios meses ceñido por una cadena desde la cintura hasta los pies. Gracias a las gestiones de su padre, don Mariano, pudo pasar varios meses en la casa del catalán José María Sardá, en Isla de Pinos, que

transcurren en un ambiente de serenidad y de cariño proporcionados por la familia del catalán, propietario de las canteras del presidio. Ya que el señor Sardá no puede conseguir un indulto total, Martí es deportado a España el 15 de enero de 1871, a bordo del vapor *Guipúzcoa*.

María Luisa Laviana Cuetos, en su sucinta biografía del héroe cubano, observa que este Martí de dieciocho años recién cumplidos es un Martí notablemente distinto: «(...) la dura experiencia del presidio —apunta la historiadora— le ha convertido definitivamente en un convencido revolucionario. Con un eslabón de su cadena de presidiario se hizo un anillo que siempre llevó puesto y en el que grabó la palabra *Cuba*»¹. En efecto, el presidio dejará en su memoria la huella irrestañable de su dolor, que a su vez determina en gran medida la visión del mundo del cubano.

Sin embargo, se hace necesario sospechar que su deportación a España, como nueva forma de condena, pudo ser para Martí una aventura esperanzadora: al mismo tiempo que le distanciaba de esa Cuba colonial tan aborrecida por él, le permitiría vivir en el ambiente de aquella gran ciudad que para un hispanoamericano seguía siendo tentadora. Si a esto se añade el clima liberal que alentaba a los intelectuales del momento en la capital española, cabe intuir que su estancia en la misma debía colmar en buena parte las ilusiones de nuestro jovencísimo escritor. Jorge Mañach nos confirma en esta intuición: «Ahora, en Madrid, al primer contacto de una vida más rica y más vieja, querían sobreponerse las esperanzas a los recuerdos. Para él, cubano, España era todavía ejemplo y pauta de cultura (...).

Bien; todo esto —oradores, ateneos, poetas, bellos cuadros— estaba ahora al alcance de su curiosidad, afilada en la larga dieta tropical. El destierro tenía sus compensaciones»².

Políticamente España vivía una etapa de inestabilidad: la revolución de 1868, expresión del ideal liberal burgués de derrocar definitivamente el Antiguo Régimen en nuestro país, había conducido en 1870 a una monarquía democrática. El general Prim había encontrado a un rey tal vez adecuado para la situación española, Amadeo de Saboya, duque de Aosta. Poco después, el asesinato de Prim y el reinicio de la guerra carlista, complicarán las tensiones dentro de las Cortes: los liberales se diversificaban en unionistas, progresistas y federales, al tiempo que emerge con un impulso irrefrenable el ideal republicano. Amadeo de Saboya abdica a principios de 1873 y las Cortes, el 11 de febrero, proclaman la

1. María Luisa Laviana Cuetos: *José Martí: la libertad de Cuba*, Madrid, Anaya, 1988, p. 16.

2. Jorge Mañach: *Martí, el Apóstol*, Madrid, Espasa-Calpe, 1933, p. 50.

República. Este acelerado proceso de aliento liberal mostraba a Martí un signo prometedor de libertad para su patria en guerra. No obstante, la inestabilidad de esta política suponía para él, de otra parte, un motivo de desconfianza hacia la eficaz liberación de la Isla. Como señala Nelson Martínez Díaz, el joven deportado «contemplaba, desde ese año puente que configuraba 1872, una creciente expansión del clima republicano, pese a que los monárquicos en el norte del país habían relanzado las guerras carlistas. Aún así el análisis que resultaba de una observación desapasionada del escenario español sumía con frecuencia en el desaliento al emigrado cubano. Adentrarse en los vericuetos de la política, en las luchas de grupo dentro de una misma tendencia, en el caciquismo, en la corrupción, era percibir que en Cuba la administración española reproducía fenómenos idénticos, pero con la impunidad que otorgaba su lejanía del poder central. Reflexiones que parecían dejar pocas salidas para una solución pacífica y definitiva del problema cubano»³.

Pero sigamos, con el orden cronológico posible, el devenir de esta vivencia madrileña de José Martí. Los pobres recursos con que contaba al llegar a nuestra capital, en enero de 1871, lo llevaron a alojarse en la casa de huéspedes de doña Antonia, en la calle Desengaño, núm. 10. En algunas cartas martianas de esta época aparece al pie el siguiente domicilio: Calle Desengaño, 10 quintuplicado, segundo. Mi admiración y afecto hacia el gran escritor me ha hecho recorrer recientemente esta calle céntrica de nuestra ciudad y, efectivamente, en el número 10, en la fachada de un edificio de nueva planta, figura una lápida testificando que ese lugar fue la residencia madrileña de Martí. La lápida fue colocada como homenaje del pueblo de Madrid hacia el héroe nacional de Cuba y se inauguró en el año 1986. Esta casa de la calle del Desengaño, que hace esquina a la no menos castiza calle del Barco, se sitúa en un barrio céntrico y de intensa actividad cultural por aquellas últimas décadas del siglo XIX. Paralela muy cercana a la Gran Vía, dista muy poco del célebre Ateneo de Madrid —que en aquella época se hallaba en la calle de la Montera; hoy, en la calle Prado, 21—, donde tantas horas consumió nuestro autor leyendo a clásicos y modernos y participando en numerosos debates a los que asistían las figuras más señeras del pensamiento liberal de entonces.

Martí toma contacto enseguida con otros expatriados cubanos. Entre ellos, su amigo más íntimo a su llegada a Madrid es Carlos Sauvalle, a quien ya conocía de La Habana. Él había llegado hacía un año y ahora le introduce en los distintos ambientes de la capital, incluido el grupo agitador de emigrados de la Isla.

3. Nelson Martínez Díaz: *José Martí*, Madrid, Historia 16-Quorum, 1986, p. 28.

Un día baja Martí por la calle de Atocha y ve subir a otro cubano del exilio, Manuel Fraga, que viene acompañado de un puertorriqueño, Manuel Zeno Gandía, el mismo que poco después se convertirá en uno de los grandes novelistas de la Hispanoamérica finisecular. Martí conduce a Manuel Fraga y a Zeno Gandía hasta el zaguán de una casa cercana, donde les enseña las heridas que le ha causado su reciente presidio. Y el presidio, sí, será de ahora en adelante una herida y un estímulo para su acción. En su humilde habitación de la calle del Desengaño escribirá, en ese mismo año 1871, su célebre folleto *El presidio político en Cuba*, y la literatura será, como siempre, su mejor bálsamo consolador ante el sufrimiento y la ruindad humanas.

El presidio político en Cuba, impreso en ese mismo año en los talleres de Ramón Ramírez, de Madrid, como todo texto de excelencia oratoria, resulta terriblemente conmovedor. Más que por sus argumentos políticos, por el sentimiento desgarrado con que transmite unas experiencias no menos cruentas. En dicho texto, si bien es evidente que no corresponde a la madurez estilística martiana, sí que podemos advertir gran parte de los rasgos capitales de su visión del mundo, de su temperamento y de su estilo. El sufrimiento ya adquiere esa valoración positiva de vivencia redentora capaz de forjar la grandeza de espíritu: «Sufrir es morir para la torpe vida por nosotros creada, y nacer para la vida de los buenos, única vida verdadera»⁴.

Las cualidades de la buena oratoria, presentes a lo largo de toda la prosa martiana, se exhiben aquí con buena dosis de maestría. Ahora bien, no se trata de una oratoria de escuela, sino de una oratoria que persigue el *movere*, el *docere* y el *delectare* clásicos, pero conformada según un estilo peculiar, que tiende a la armonía esencial entre el pensamiento y la forma, depurada esta última de cualquier verbalismo retórico innecesario. Esa oratoria envolvente sorprende con frecuencia por el coloquialismo en el modo de articular sus razonamientos. ¿No se trasluce su afinidad con el discurso de Santa Teresa en argumentaciones como esta que transcribo brevemente?:

«Y si esto sabéis y conocéis, porque no podéis menos de saberlo y conocerlo, y si esto comprendéis, ¿por qué en la comprensión no empezáis siquiera a practicar esos preceptos ineludibles de honra cuya alusión os hace sufrir tanto?»⁵.

Y el paralelismo, la bimenbración de las frases, agrupadas en largos sintagmas no progresivos, ¿no recuerdan la impronta conceptista de Gracián, que Martí parece haber asimilado desde esta primera juventud?:

4. J. Martí: *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, tomo I, p. 54.

5. *Ibid.*, p. 52.

«Cuando todo se olvida, cuando todo se pierde, cuando en el mar confuso de las miserias humanas el Dios del Tiempo revuelve algunas veces las olas y halla las vergüenzas de una nación, no encuentra nunca en ellas la compasión y el sentimiento»⁶.

Sin querer agotar el análisis estilístico, que aquí sería larga y esforzada tarea, no puedo silenciar los atisbos del impresionismo simbólico que enriquecerá años más tarde su formidable prosa. Recordaré la descripción de la enfermedad del pobre Lino, su compañero de presidio en San Lázaro:

«Lino cayó, y la viruela se asomó a sus pies y extendió sobre él su *garra* y le envolvió rápida y avarienta en su *horroroso manto*. ¡Pobre Lino!»⁷.

Pero el uso del símbolo en este texto de juventud rebasa en ocasiones la representación de sensaciones externas y es empleado también según la técnica expresionista, mediante la cual el símbolo trasluce la realidad interior del alma. De ese expresionismo encontraremos abundantes ejemplos en su prosa madura, pero advirtamos cómo en este párrafo se incoa audazmente esa técnica tan moderna. Ahora describe el estado anímico del mismo Lino:

«Aquí vienen riendo, riendo, una ancha boca negra. El siglo se apoya en él. *La memoria plegó las alas en su cerebro y voló más allá. La crespita lana está ya blanca. Ríe, ríe*»⁸.

El presidio..., texto tempranísimo de Martí, revela ya una madurez espiritual, un talento literario y una originalidad expresiva que se verán intensificados en sus creaciones posteriores, pero que causan ya en este momento un impacto poderosísimo. Ese impacto lo produjo nada más salir de la imprenta: enseguida es leído por Francisco Díaz Quintero, director de *El Jurado Federal*, quien reconoce en el joven cubano una genialidad muy prometedora a la que conviene prestar apoyo en sus reclamaciones políticas. También será leído por el señor López de Ayala, ministro de Ultramar, cuya conciencia se verá afectada por la trágica situación de Cuba, tal como se representa en el célebre folleto.

Entre los cubanos que conocen el texto cabe citar a doña Barbarita Echevarría, una criolla de la Isla, viuda del general Ravenet, la cual pronto compartiría el sentimiento anticolonialista de Martí y, sobre todo, le ofrecerá un respaldo afectivo y económico. En efecto, el joven comienza de inmediato a impartir clases particulares a sus hijos. A través de doña Barbarita, Martí también

6. *Ibid.*, p. 53.

7. *Ibid.*, p. 66. Los subrayados son míos y señalan los símbolos de irrealidad que se hacen presentes en el texto.

8. *Ibid.*, p. 73. El subrayado mío señala el fragmento de simbolización expresionista.

consigue dar lecciones particulares en otras familias, como la del señor don Leandro Álvarez Torrijos.

Su conocimiento del inglés le permitirá ganarse unos cuantiosos honorarios como traductor. Su primera experiencia en este campo parece ser la traducción de un contrato, por la que percibe ocho duros⁹.

Pero Martí aprovecha su estancia en Madrid para iniciar los estudios universitarios. En ese mismo año de 1871 se matricula en la Facultad de Derecho de la Universidad Central, en la calle de San Bernardo, interesado en adquirir la ciencia jurídica suficiente para encauzar con acierto su proyecto político y para ganar en el futuro el sustento necesario, nada difícil para un abogado de su talla intelectual y rectitud ética. Al final del primer curso, en mayo de 1872, supera las asignaturas de Derecho Romano, Político y Administrativo, aunque suspende la Economía Política. Y es que durante el año académico nuestro autor ha dedicado tiempo a otros afanes culturales y políticos no menos nobles.

Entre los expatriados cubanos entabla una amistad estrecha con el respetable don Calixto Bernal, cuya actitud democrática le mantiene abierto a las tendencias liberales. A Martí le manifiesta su desconcierto por los bajos intereses que tantas veces perturban el dinamismo de la política española y provocan lamentables divisiones entre los mismos liberales. Don Calixto, cuyo diagnóstico político en buena parte es compartido por nuestro escritor, se muestra inclinado hacia una solución autonomista para el caso cubano, que se traduce en un deseo de unión con Estados Unidos, propuesta que Martí no puede aceptar en absoluto.

La asistencia a tertulias y reuniones de cubanos emigrados le pone al corriente de los trágicos sucesos que acontecen en la Guerra de los Diez Años. Una de las noticias que hiere más crudamente su corazón y que desata su pasión por la justicia será el fusilamiento de uno de los mayores poetas de su patria, Juan Clemente Zenea, en el mismo año de 1871. Nuevamente el verso será su íntimo confidente y así compone un poema fechado en 7 de diciembre de ese año en honor del vate fusilado.

Sabemos que la voluntad de Martí era la de no sacar a la luz ningún texto poético anterior al *Ismaelillo* (1882), por considerar que éstos no ofrecían la calidad necesaria. Sin embargo, en estos versos de su época española hemos de reconocer uno de los capítulos más geniales dentro de la poesía romántica escrita en castellano. Poesía romántica, sí, porque aún no refleja las conquistas estilísticas que revelan sus libros poéticos de madurez y que le convierten en verdadero

9. Cfr. J. Mañach, *op. cit.*, p. 54.

iniciador de la poesía modernista. No obstante, en tales composiciones españolas —como en esta dedicada a Zenea— hallamos también buena parte de los rasgos que definen su personalidad poética. Pese a su tendencia oratoria —feliz en la mayoría de los casos—, tales poemas transparentan un temperamento lírico de altísimos vuelos, que contrasta de modo muy sorprendente con la poesía peninsular del momento, adocenada —a excepción de Bécquer y Rosalía de Castro— por unos moldes retóricos envejecidos desde hace tiempo.

Esta primera etapa poética de Martí se nutre de una exuberancia tropical que recuerda —no por imitación, sino por afinidad temperamental— la «irrupción volcánica» de su lejano predecesor José María de Heredia. Tal «irrupción volcánica», que Cintio Vitier anota como uno de los rasgos definitorios de los *Versos libres*¹⁰, revienta espontánea en estas composiciones juveniles. En efecto, aquí estalla su palabra poética en frecuentes cambios de registro entre la frase oratoria y la coloquial, entre la expresión sentenciosa y la interrogación; cambios de registro que reclaman un encrespamiento sintáctico y rítmico que no pervierta su imprevisible vibración. En boca de Zenea, Martí profiere la admonición siguiente:

Guardad de vuestra lira los sonidos
Para el bélico ardor de los combates!
No. No vistáis de lágrimas mi historia.
Infortunios mayores
Alcen en vuestro pecho los dolores (...).
No me cantéis así. Los que en mi muerte
Sentís el corazón despedazado
¿Dónde vendréis a dar la despedida?
¿Sobre qué tumba posaréis los ojos?
¿Sobre qué losa os postraréis de hinojos
A llorar los azares de mi vida? (...)
Y al recordar el pueblo que violento
Robó el caballo de mi sien al viento
Para quemarlo en su terrible trono,
Su desastroso fin claro presiento,
Lo miro con dolor —¡y lo perdono!¹¹.

El considerable rebasamiento de las medidas del endecasílabo para dar cauce a sentimientos de fluidez incontenible, manifiesta en continuos encabalgamientos abruptos, será una constante en esos desgarrados *Versos libres* de su madurez.

10. Cfr. Cintio Vitier y Fina García Marruz: *Temas martianos*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1969, p. 153.

11. J. Martí: *Poesía completa* (edición crítica), La Habana, Letras cubanas, 1985, tomo II, pp. 24-25.

Por otra parte, en el nivel argumental, ya encontramos esbozados en esta composición los rasgos que definen el espíritu martiano. Zenea—el *alter ego* que habla en el poema—proclama un sentimiento de perdón universal, un sentimiento, por tanto, de amor sin límites, que veinte años más tarde aparecerá esculpido en la profunda sabiduría de los *Versos sencillos*: «Yo sé de un gamo aterrado / Que vuelve al redil, y expira, / Y de un corazón cansado / Que muere oscuro y sin ira»¹². Junto a ello, en los versos tempranos dedicados a Zenea también emerge esa confianza en la armonía del universo, por la cual el dolor de esta vida se presenta como un elemento necesario para el equilibrio del mundo y, además, como una vía de purificación que permita el acceso a una vida eterna plena de gozo:

Osado peregrino,
Han ahogado en mi sangre mi carrera:
Ansiad para vosotros mi destino,
Que libre vivo en la infinita esfera¹³.

Como correlato de esta confianza en la sobrevida, los *Versos libres* nos muestran un pensamiento idéntico: «Mi mal es rudo: la ciudad lo encona: / Lo alivia el campo inmenso: ¡otro más vasto / Lo aliviará mejor! (...)»¹⁴.

En noviembre de 1871 Martí cae enfermo a causa de un tumor de sarcocele adquirido en su reciente presidio. Será intervenido quirúrgicamente y su amigo Carlos Sauvalle le ofrece una habitación en su casa durante la convalecencia. En esos días disfruta de la compañía de distintos amigos cubanos que se interesan por su salud, y a través de ellos también recibe noticias dramáticas sobre el desarrollo de la guerra en su Isla. La que más profundamente lo hiere es la del fusilamiento de ocho estudiantes de Medicina de la Universidad de La Habana, el 27 de noviembre de 1871, los cuales habían profanado la tumba de Castañón, jefe de los voluntarios españoles. Al dolor y la indignación se suma la incertidumbre por la suerte que habrá corrido su íntimo amigo Fermín Valdés Domínguez, que tal vez puede estar entre los ocho fusilados. La duda se despejará favorablemente en poco tiempo. No obstante, Martí informa sobre el trágico suceso a Díaz Quintero, director de *El Jurado Federal*, y a Eduardo Benot, subdirector del mismo, quien a principios de 1872 defiende en las Cortes a los ocho estudiantes ejecutados.

12. J. Martí: *Ismaelillo, Versos libres, Versos sencillos*, ed. de Iván Schulman, Madrid, Cátedra, 1982, p. 182.

13. J. Martí: *Poesía completa*, ed. cit., tomo II, p. 25.

14. Poema «Hierro», en *Versos libres*, ed. cit. de Iván Schulman, p. 104.

En julio de 1872 Martí vive uno de los sucesos más confortantes de su estancia madrileña: la llegada del propio Fermín Valdés y de Pedro de la Torre, que han sido indultados de su condena. Pocos meses después, el 27 de noviembre, al cumplirse el primer aniversario del fusilamiento de los ocho estudiantes, Martí ha redactado una hoja firmada por Fermín Valdés y Pedro de la Torre, que fijarán en numerosas esquinas de Madrid, como expresión de su hondo pesar y de su propósito de defender los ideales independentistas cubanos. Ese mismo día del aniversario se celebra una Misa por los estudiantes difuntos en el Oratorio del Caballero de Gracia, en la calle del mismo nombre, paralela a la Gran Vía y muy cercana a la pensión donde reside Martí. El texto que aparece en las calles constituye nuevamente una alarde de vivísima oratoria en la que fácilmente podemos descubrir la pluma de su verdadero autor:

«Nosotros amamos más cada día a nuestros hermanos que murieron; nosotros no deseamos la paz a sus restos, porque ellos viven en las agitaciones excelsas de la gloria; nosotros vertemos hoy unas lágrimas más a su recuerdo, y nos inspiramos para llorarlos en su energía y en su valor. ¡Lloren con nosotros todos los que sientan! ¡Sufran con nosotros todos los que amen! ¡Póstrense de hinojos en la tierra, tiemblen de remordimiento, giman de pavor todos los que en aquel tremendo día ayudaron a matar!¹⁵

Pero el lamento, la condena y la exhortación revolucionaria con motivo de estas ejecuciones tienen también su paralelo en verso, en una extensísima composición fechada en el mismo año de 1872. Aquellas cualidades prometedoras que antes hacía notar en el poema sobre Zenea se despliegan aquí con ambiciones aún más altas. El sentimiento de perdón, que antes había sido puesto en boca del poeta fusilado, aquí no se vislumbra con tanta nitidez, porque lo que aquí se transmite es la lucha interna de Martí para superar la indignación y la tristeza ante esos hechos, lo cual confiere al poema una modernísima dimensión existencial. Tampoco desaprovecha la ocasión para condenar al tirano responsable; pero ese desequilibrio del mundo que Martí sufre en su propio ánimo se resuelve al final por la ya mencionada confianza en el *dolor útil*, con la que su espíritu reconquista la armonía perdida en el alma y en el universo:

¡Mata, déspota, mata!
 ¡Para el que muere a tu furor impío
 El cielo se abre, el mundo se dilata!¹⁶.

15. J. Martí: *Obras completas*, ed. cit., tomo 1, pp. 84-85.

16. *Poesía completa*, ed. cit., tomo II, p. 41.

La simbolización impresionista que antes advertía en su prosa también se hace presente en este poema de juventud:

Sobre un montón de cuerpos desgarrados
 Una legión de hienas se desata,
 Y de seres humanos avarienta,
 La sangre bebe y a los muertos mata¹⁷.

Es verdad que lo irracional del símbolo aparece limitado en su expansión por un desarrollo racional de las imágenes, que aún guardan relación con la alegoría tradicional. Pero el camino impresionista está iniciado. Lo mismo sucede con la plasmación expresionista, que, si bien tampoco está exenta de una excesiva racionalización, ya muestra evidentes cualidades simbólicas:

Así el volcán de mi dolor rugiendo,
 Se abrió a la par en abrasados ríos,
 Que en rápido correr se abalanzaron,
 Y que las iras de los ojos míos
 Por mis mejillas pálidas y secas
 En tumulto y tropel precipitaron¹⁸.

Me interesa llamar la atención sobre esta poesía escrita en España, ignorada para la mayoría de los lectores del escritor cubano y en la que los estudiosos martianos aún no han reparado. Tales composiciones anuncian con pasmosa inmediatez al poeta Martí que hoy conocemos y, sobre todo, suponen un arriesgado contraste con respecto a la poesía española de entonces. Como antes he señalado, a excepción de Bécquer y Rosalía, el verso español de la época se halla en un estancamiento no sólo formal, sino también ideológico. Muchos años más tarde, en 1887, Clarín emite un diagnóstico semejante sobre la poesía peninsular:

«En España, Erato, no hay poetas nuevos... porque no los hay; porque no han nacido. Nuestra generación joven es enclenque, es perezosa, no tiene ideal, no tiene energía; donde más se ve su debilidad, su caquexia, es en los pruritos nerviosos de rebelión ridícula, de naturalismo *enragé* de algunos infelices. Parece que no vivimos en la Europa civilizada..., no pensamos en nada de lo que piensa el mundo intelectual; hemos decretado la libertad de pensar para abusar del derecho de no pensar nada. ¿Cómo ha de salir de esto una poesía nueva? (...)»¹⁹.

17. *Ibid.*, p. 38.

18. *Ibid.*, p. 37.

19. Clarín: «Apolo en Pafos» (1887), cit. por Guillermo Díaz Plaja, en *Modernismo frente a* 98, Madrid, Espasa-Calpe, 1951, p. 3.

En otras ocasiones me he ocupado de la crítica de Martí sobre los poetas españoles de su tiempo. Me ha sorprendido —y así lo he expresado— el despego con que alude a Bécquer en sus escritos, cuando algunas de sus innovaciones estilísticas fueron incoadas por el poeta sevillano, cuyas *Obras completas*, editadas en 1871, bien pudo leer Martí en su época madrileña. No obstante, el poeta oficial de la época sigue siendo Ramón de Campoamor, quien después de sus *Doloras* (1846) publica sus *Pequeños poemas* precisamente en 1872.

Resulta difícil comprender en nuestra época el éxito sonoro que alcanzó en su tiempo este poeta asturiano residente en Madrid. Sin embargo, si pensamos en su pretendida —y no cumplida— renovación del lenguaje poético del momento, tal vez podamos intuir la razón de sus aplausos. Su poesía, intencionadamente moralizadora y filosófica, vertida en un lenguaje de vulgaridad prosaica, llamó la atención en su época. También llegó a sorprender a Martí, quien lo critica con afecto y a quien, por desgracia, también le asoman algunos resabios campoamorianos. Eso sí, en ocasiones muy contadas. Otros muchos poetas se abren camino en este momento, como Nuñez de Arce (1834-1902) y Antonio Fernández Grilo (1845-1906), pero tampoco proponen nuevos cauces expresivos²⁰. En este panorama la poesía de Martí irrumpe con bríos desconocidos, aunque los versos de esta época nunca serán publicados por su autor.

Madrid otorga al joven cubano numerosas posibilidades de participar en un ambiente intelectual que trata de incorporar al pensamiento español los hallazgos de otros países europeos de más rancia tradición liberal. Las tertulias del Café Oriental, inspiradas por ideales republicanos, son una cita frecuente de Martí en el año 1872. También acude a las reuniones del Café de los Artistas y de la Cervecería Inglesa. Y como foco de irradiación del espíritu modernizador, no podemos olvidar las horas que pasó en el Ateneo de Madrid. En su prestigiosa biblioteca tuvo ocasión de leer intensamente a los clásicos de la literatura española, tanto populares como cultos, lo cual nos permite explicar la profunda raigambre hispánica que se transparenta en su lenguaje literario, por muchas

20. Cabe hacer referencia a dos poetas que alcanzarán evidentes contactos con la estética modernista, como Manuel Reina y Ricardo Gil. El primero no consigue renovar su lenguaje hasta 1894, con su libro *La vida inquieta*, que de modernista posee la sensualidad parnasiana de las imágenes; por lo demás, sin especiales audacias. Algo semejante debe decirse de Ricardo Gil, que en 1885 emplea algunos ritmos innovadores en su libro *De los quince a los treinta*, sin mayores sorpresas expresivas. Con esto manifiesto mi desacuerdo con el artículo de Richard Cardwell: «Los albores del modernismo: ¿producto peninsular o trasplante transatlántico?», en *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, 1985, pp. 315-330. El autor pretende situar en la Península los orígenes del movimiento modernista, lo cual me parece una postura llamativa por lo curiosa, pero sin mayor fundamento.

asimilaciones extranjeras que luego lo embellecieran felizmente. Bien es verdad que en la célebre escuela habanera de su maestro Rafael Mendive ya había tomado contacto con las figuras más representativas de nuestro Siglo de Oro, pero en sus escritos madrileños es donde empiezan a asomar con viveza extraordinaria las huellas de estos grandes forjadores del estilo, cuando aún las influencias francesas apenas han penetrado en su creación.

La época martiana en Madrid me parece decisiva en su formación literaria. Pocos años más tarde, como he dicho, se introducen de lleno en su obra los esplendores del símbolo con su enorme riqueza de posibilidades expresivas, merced a la lectura de los románticos europeos y, por supuesto, de los simbolistas franceses. Pero en Madrid Martí ya ha conseguido asimilar gran parte de los puntales de su poética, tal como he referido al comentar los textos anteriores. En su cuaderno de apuntes número 1 encontramos, con la fecha de 31 de marzo de 1872, el esbozo de un futuro ensayo sobre el madrileño Espronceda, y en tales apuntes podemos leer las siguientes sentencias críticas:

«Mal poeta —dice de nuestro romántico—, porque utilizó la técnica maestra de la rima en copiar a Byron y a Goethe (Fausto). Además, *El diablo mundo*, nacido de los ideales de un poeta inconforme con la realidad, no ha alcanzado la perfección ideal. Espronceda se ha quedado en la satisfacción del apetito sensitivo y en la construcción de cuadros de aspecto repugnante. Eso no sirve, porque no contribuye al bien de las almas»²¹.

Tan sólo en este párrafo se condensan dos principios raigales de la poética martiana: de una parte, la repulsa de toda imitación servil en literatura, por cuanto ahoga la expresión del sentimiento personal; de otra, la necesidad de una finalidad ética, de carácter edificante, en toda composición verdaderamente poética. En efecto, Martí concibe al poeta como guía espiritual de su pueblo, mediante la representación de la belleza de la Naturaleza, a la que va esencialmente unido un fuerte temple moral. De ahí su rechazo del naturalismo ortodoxo, ya que el análisis positivista que éste opera sobre la realidad no aparece incentivado por la propuesta de perfección ética. Y unas líneas más abajo, en el mismo cuaderno, leemos: «No. Espronceda no llenó la misión sacrosanta del poeta. La desconoció. La falseó. La vida honrada, la energía del civismo, la delicadeza de los sentimientos, ese conjunto de grandezas y dulzuras que hacen el alma del poeta, faltan en este hombre que cometó la falta imperdonable de descender de la altura en que nació»²².

21. *Obras completas*, ed. cit., tomo 21, p. 65.

22. *Ibid.*, p. 41.

Otra de las ofertas literarias del Madrid de entonces, que Martí supo aprovechar con fruto, era el teatro. Con frecuencia asistía, desde el paraíso, a las representaciones del Teatro Real y del Español, donde pudo conocer a los actores más populares del momento, como Rafael Calvo, Antonio Vico y Teodora Lamadrid. Una serie de artículos publicados en la *Revista Universal* de México, en los primeros meses de 1875, revelan la intensa vida teatral que hizo Martí durante su estancia madrileña. A lo largo de estas páginas leemos profundos comentarios sobre los dramaturgos que componían la cartelera del Madrid que vivió el cubano. Algunos son autores que hoy seguimos recordando, como Enrique Gaspar (1842-1902); otros son novelistas de escasa escasa significación que ocasionalmente estrenaban en el teatro, como Manuel Fernández y González (1821-1888) y Jacinto Octavio Picón (1852-1923). Y en otros casos vierte sus comentarios sobre dramaturgos hoy totalmente olvidados, como Marcos Zapata y Eusebio Blasco. En tales reseñas críticas percibimos agudas observaciones sobre las composiciones dramáticas de la época. Como constante, encontramos de nuevo la reclamación de un enunciado moral edificante para los dramas. Y este criterio suele determinar casi siempre la aprobación y desapego ante las obras criticadas. Por ejemplo, sobre la comedia de Picón *La corte de los milagros* constata una serie de inverosimilitudes y deficiencias técnicas, pero enseguida las disculpa con una sentencia afirmativa: «(...) estas faltas sencillas se redimen bien, con los versos fáciles y galanos, con la lección a la par grave y amena, con los conceptos poéticos sin exageración, que animan y embellecen casi todas las fluidas y animadas páginas de esta comedia»²³.

Nos cuenta Jorge Mañach que en una velada teatral de 1872 nuestro autor conoció al célebre José de Echegaray. No cuento con datos suficientes para negarlo. Ahora bien, en los tres años que Martí residió en Madrid nuestro controvertido Premio Nobel aún no había estrenado obra alguna. Su primera representación fue la comedia en un acto *El libro talonario*, estrenada en el Teatro Apolo, el 18 de febrero de 1874. En aquella fecha Martí ya vivía en Zaragoza y no nos consta que se trasladara desde la ciudad del Ebro para asistir a la función. Lo que sí manifiestan sus escritos posteriores es un minucioso seguimiento de la trayectoria dramática de Echegaray, que cristaliza en abundantes comentarios sobre su obra. Asistiese o no a la representación de *El libro talonario*, lo cierto es que el 9 de noviembre de 1875 aparece en la *Revista Universal* de México una crítica martiana sobre esta comedia. La reacción ante la misma y ante las restantes obras del Premio Nobel se podría sintetizar diciendo que, para Martí, el idealismo al que aspiran estas obras justifica plenamente sus imperfecciones técnicas. Por

23. *Obras completas*, ed. cit., tomo 15, p. 47.

ejemplo, de *El libro talonario* podemos reproducir un comentario de Martí muy semejante a los juicios sobre las demás obras de Echegaray. Observemos cómo su acendrada volición ética redime a la comedia de todos sus desaciertos:

«Y, ¿quién ha de culpar estos defectos meramente formales?

Los que saben cuán estrechos son para el hombre los medios de manifestación humanos; los que se miran obligados a empequeñecerse por el empequeñecimiento general; los que reducen las proporciones de su ser hasta las de la comunidad en que se ahogan y tienen que vivir; los que descienden de sí mismos porque la vida real es la identificación del individuo con la masa social en que se mueve; los que apretaron los labios para impedir el paso a la atrevida forma de un pensamiento que sintieron grande, porque la grandeza se convierte en ridículo cuando se produce en una atmósfera pequeña —estos comprimidos, estos sofocados, estos ahogados, éstos son los que saben bien las nebulosidades luminosas que se esconden en las imperfecciones, en las estrecheces, en las vacilaciones de la forma»²⁴.

No he tenido inconveniente en reproducir una cita tan extensa porque contiene los principales criterios de valor que Martí concibe para el teatro. Bien es verdad —y todo sea dicho— que el héroe cubano nunca fue un genio dramático: ni en su teoría ni en sus endebles producciones teatrales. Martí es, en todas ocasiones, un temperamento eminentemente lírico.

Las mañanas del domingo madrileño constituyen para el joven una gratísima ocasión para visitar el Museo del Prado, en el que admira de modo muy particular la maestría de Goya, a quien más tarde reconocerá como el fundador en pintura de la técnica impresionista que él ya ha empezado a ensayar en su literatura. Años después, en su segunda deportación a España, iniciada el 25 de septiembre de 1879, y que no llegará a los tres meses de duración, exaltará las virtudes estéticas de los nuevos impresionistas españoles, como Madrazo y Fortuny, a los que en 1880 dedicará unas páginas muy encendidas en *La Opinión Nacional* de Caracas.

El Ateneo de Madrid —y sigo aludiendo a su primera estancia en la capital, de 1871 a 1873, que es la verdaderamente significativa— es la sede de reunión de los intelectuales españoles afiliados al krausismo, seguidores de Julián Sanz del Río, tales como Nicolás Salmerón, Francisco Giner de los Ríos, Federico de Castro, Gumersindo Azcárate, etc., quienes fundarán en 1876 la Institución Libre de Enseñanza. No es esta la ocasión de analizar la filiación krausista de la visión martiana del mundo. Basta decir que su concepción armónica del universo, heredada del idealismo alemán, por la que todos los seres individuales del cosmos se identifican con el Uno, remite al magisterio de Sanz del Río, que inauguró un largo sendero de pensamiento idealista en la cultura española.

24. *Obras completas*, ed. cit., tomo 15, pp. 78-79.

La concepción armónica del *panenteísmo* krausista es formulada por Martí en varias ocasiones. Citaré un texto breve y poderosamente significativo que Martí anotó en su cuaderno de apuntes durante la etapa madrileña: «Lo común es la síntesis de lo vario, y a lo Uno han de ir las síntesis de todo lo común; todo se simplifica al ascender»²⁵.

Y de esta misma época arranca su concepción de una *ciencia trascendental* que sintetiza todos los saberes de las ciencias particulares desarrolladas por el espíritu positivista de la época. Esa ciencia trascendental y sintética no puede ser obra del simple intelecto racional, sino de un espíritu intuitivo superior que Martí identifica con el genio: «La *ciencia trascendental* —se lee en el mismo cuaderno de apuntes—, frente a las ciencias particulares, es la que estudia lo Uno (analogía). Esta ciencia no existe en el orden intelectual humano porque éste no concibe la verdad generadora de verdades. El que se acerca más a la ciencia trascendental es el genio»²⁶.

Pero la intensa formación intelectual, artística y literaria que recibe el cubano en nuestra capital no es óbice para continuar en su empeño revolucionario, sino que constituye el instrumento idóneo para consolidar los fundamentos con que ha de llevarlo a cabo. Aquel mismo día 27 de noviembre de 1872, aniversario de los fusilamientos de los ocho estudiantes, Carlos Sauvalle invita a su casa a José Martí, Fermín Valdés y Pedro de la Torre. En esta reunión, a sus amigos se les ocurre una idea espléndida: fundar un Casino con el que obtener recursos para hacer propaganda sobre la independencia cubana. Martí, que a sus diecinueve años ostenta ya una gravedad insólita, les hace abandonar el proyecto: «Cuba llora, hermanos, y nuestro deber...». Con su respetada intervención se desbaratan todos los planes sobre la piedra filosofal del casino; no obstante, entre los cubanos expatriados esa tarde se inventa el mote de «Cuba llora», que atribuyen a Martí con gracia y, al mismo tiempo, con singular respeto.

Ese año de 1872, aconsejado por sus amigos republicanos de *El Jurado Federal*, Martí ingresa en la logia masónica *Armonía*, animado por unas aspiraciones idealistas y redentoras frente a los intereses estrechos de muchos políticos de entonces. Martí abrazará la masonería hasta el final de su vida²⁷, pero no dejará constreñir su pensamiento en ningún molde estricto de escuela. En una

25. *Obras completas*, ed. cit., tomo 21, p. 47.

26. *Obras completas*, ed. cit., tomo 21, p. 52.

27. Luis Toledo Sande, al final de su obra *Ideología y práctica en José Martí* (La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1982) ofrece distintos argumentos en favor de la afiliación masónica de Martí en sus últimos años. Yo ratifico tal conclusión después de conversar con algunos cubanos conocedores de la masonería en La Habana.

reunión de la logia Armonía, en Madrid, el joven consigue deslumbrar con su oratoria a los asistentes, en una fervorosa disertación sobre «El Amor universal», en el cual Martí cifra la existencia metafísica del mundo.

La masonería madrileña le ofrece apoyo económico y humano para proseguir su combate intelectual en favor de la independencia de su patria. Martí agradecerá tales favores con gestos habituales de generosidad: entre otras cosas, por las noches asiste a la escuela de niños pobres sostenida por la logia «llevándoles melindres, y su gran imaginación para contar cuentos»²⁸.

Amadeo de Saboya abdica a principios de 1873, después de funestos acontecimientos. Las Cortes, el 11 de febrero, proclaman la República. Martí recibe este hecho histórico con un sentimiento de esperanza, por lo que puede suponer para el futuro de su Isla. El 15 de febrero remite a Estanislao Figueras, presidente de la nueva República, su escrito *La República española ante la Revolución cubana*, que fue impreso en los talleres de *El Jurado Federal*, en la calle de San Mateo. El nuevo folleto posee virtudes oratorias semejantes a las de *El presidio...* En esta ocasión no se detiene en el relato de sucesos biográficos, sino en suplicar con la pasión más encendida que la República española, fundamentada sobre la libertad como primer principio, secunde la voluntad de un pueblo que por libre determinación de hecho ya se siente ajeno a España:

«La República se levanta en hombros del sufragio universal, de la voluntad unánime del pueblo.

Y Cuba se levanta así. Su plebiscito es un martirologio. Su sufragio es su revolución. ¿Cuándo expresa un pueblo más firmemente sus deseos que cuando se alza en armas para conseguirlos?»²⁹.

Pero la República, sumida en numerosos problemas internos, desoye los ruegos del joven revolucionario.

No obstante, en abril de 1873, se convoca a todos los cubanos a una reunión en la Academia de Jurisprudencia, con el fin de ganar sus voluntades hacia la recién nacida República, mediante la concesión de una autonomía de tipo federal. Pero Martí, en una discusión que se prolonga durante siete horas, se muestra inconforme, atendiendo, como argumento principal, a todos los cubanos que están perdiendo la vida en la lucha por una independencia plena.

Y el joven escritor, desalentado por la política española del momento, decide abandonar la capital y marcha a Zaragoza con su íntimo amigo Fermín Valdés. Allí finalizará sus estudios de Derecho y de Filosofía y Letras y ganará calurosas amistades, así como algún que otro amor que no olvidará nunca.

28. J. Mañach, *op. cit.*, p. 66.

29. *Obras completas*, ed. cit., tomo 1, pp. 92-93.

Su segunda estancia en Madrid, de septiembre a diciembre de 1879, nuevamente deportado a raíz de la Guerra Chiquita iniciada en Cuba, reviste menor importancia. Ese Madrid, que ya ha vivido varios años de Restauración borbónica, se muestra poco esperanzador para los afanes políticos del cubano.

Con todo, su vida madrileña será en el futuro objeto de un recuerdo efusivo y cariñoso. En definitiva, el ambiente intelectual de la Villa y Corte, aunque con inquietudes liberales más largas que los resultados, ha contribuido a forjar gran parte de su pensamiento y de su personalidad literaria.

En 1881, en uno de los artículos que dedica a las fiestas celebradas en Madrid con motivo del segundo centenario de la muerte de Calderón de la Barca, plasmará su emoción positiva ante el Madrid que vivió, así como su hondo conocimiento de la geografía de nuestra ciudad:

«Lindo es Madrid en todo el mes de mayo, y en sus rubias mañanas. Amanecen con el día, faenas y amores: cuadrillas revoltosas ríen sin miedo de los chistes del don Juan de cuartel que (...) las celebra y persigue (...); ábrense por manos perezosas de horteras soñolientos las casas de tiendas de la carrera de San Jerónimo, con sus estantes llenos de menudas maravillas de los herreros de Eibar; las de paraguas y bastones, resto único de las afamadas covachuelas; y las casas de libros, donde en fraternal mezcla campean este cuento sabroso de Alarcón, aquel ceñudo poema de Núñez de Arce, cuál panegírico inquisitorial del batallador Menéndez, el donairoso libro de Valera, la crítica traviesa de Palacio. Y discurren por las calles espaciosas, camino del Retiro, placer antes de reyes y hoy popular dominio, grupos de esbeltas niñas casaderas, escoltados del cesante pensativo, de la madre proveccta, del galanteador tenaz en aquella misma mañana recogido, mariposilla de verano, que dejará en su corazón su polvo de oro, y morirá con las primeras nieblas autumnales»³⁰.

CARLOS JAVIER MORALES

Universidad Complutense de Madrid

30. *Obras completas*, ed. cit., tomo 15, pp. 109-110.